

El centrismo de Tarancón



NO me refiero a las elecciones, a pesar de que bien me podría referir a ellas, porque al final se han destapado nuestros obispos, cada vez más proclives, con su almibarado lenguaje moral, hacia el Centro.

Naturalmente que nuestro episcopado quiere siempre guardar las formas, y no se atreve a descubrir tan claramente su juego como lo hacía en tiempos franquistas. Ahora se limita a poner tales condiciones "éticas" a los católicos que no queden más opciones que el Centro, o todo lo más la derecha.

Pero no me refiero ahora a esto, que todo el mundo, con un mínimo sentido crítico, ha podido detectar claramente, como han hecho los partidos de la izquierda, si bien lo hayan hecho un poco demasiado ofendidos, dándole a este hecho más importancia de la que tiene.

Ahora quiero recalcar que el centrismo, el bailar en la cuerda floja, el pretender estar siempre a las maduras y nunca a las duras —cosa que no siempre le sale bien— es lo que caracteriza a nuestro cardenal de Madrid, el pseudo-progresista Tarancón.

Es insólito —por eso— en el año 1979 leer en la prensa con grandes titulares, pasando además el asunto sin pena ni gloria para los católicos mentalizados por el Concilio Vaticano II, esta noticia: "Por prohibición del arzobispo, la comunidad de la Parroquia Universitaria no pudo celebrar la Eucaristía".

¿Cómo se realizó esta prohibición?, se preguntarán los asombrados lectores. El hecho fue así: no se permitió entrar a estos católicos al recinto del templo, a la hora de la celebración de la Misa, con los sacerdotes que eran miembros de esta comunidad parroquial.

Y seguirá a continuación haciéndose preguntas el católico de a pie: ¿Qué han podido hacer estos fieles creyentes para que se haya tomado una medida tan dura con ellos? Porque lo menos que pensará el lector sencillo y de buena fe es que algo gravísimo debe haber ocurrido para llegar a este extremo.

No contento yo con la lectura del periódico —nada sospechoso por cierto, pues se trataba nada menos que del "ABC", que, en cuestiones religiosas, está siempre con el poder constituido—, puedo corroborar lo que en él se dice, ya que he recibido el testimonio desde hace meses de varios miembros de la comunidad que sólo quiere estar dentro de la Iglesia del Vaticano II, sin retroceder a

épocas inquisitoriales anteriores o a situaciones de confusión, como las que ayer nos exigieron nuestros obispos, hoy con piel de demócratas, al pretender meternos —quisiéramos o no— el nacionalcatolicismo que el franquismo manejó a su gusto.

Estos católicos de la Parroquia Universitaria quieren vivir la letra y el espíritu del Vaticano II, cuando enseña éste el sentido activo de participación que un creyente debe tener para no ser siempre ni una oveja muda ni un autómata teledirigido por el clero, lo mismo en las cosas divinas que en las humanas, que fue lo que hizo de nosotros el episcopado español en otros tiempos y, muy particularmente, durante los cuarenta años de dictadura franquista, compuesta de sotas clericales, pectorales de obispos y de brazos en alto confusamente mezclados.

Una comunidad cristiana es una comunidad, y todos —como les ocurrió durante muchos años a los primeros cristianos— deben participar activamente en su marcha. Eso fue la historia de la Iglesia en los primeros siglos, y eso nos enseñó a los obedientes y sumisos católicos el último Concilio, y nos lo hemos creído. Por eso han llegado incomprensiblemente a esta triste e injusta situación los pacíficos y tenaces miembros de la comunidad de la Parroquia Universitaria.

Triste sino el de esta comunidad, porque durante la dictadura última, el padre Sopena recibió el rechazo de su amigo —¿amigo?—, el duro don Casimiro Morcillo, y tuvo que abandonar la excelente labor renovadora que fue preparatoria del Concilio y que hoy resulta normal en muchos católicos. Un aire de independencia de la política de entonces —ahí está Jesús Aguirre para corroborarlo—, un clima de presencia secolar, un tono de cultura con el nivel propio de un enclave universitario, fue la realización de Federico Sopena, el sensible cura que promovió lo que entonces fue un islote renovador dentro del anacrónico catolicismo hispanista.

Después, poco a poco, se fue creando esta nueva comunidad que ha tenido grandes éxitos, como lo fueron los ciclos de conferencias para universitarios protagonizadas por marxistas de inclinación cristiana, como Roger Garaudy, o por cristianos de inclinación marxista, como el padre Girardi, o por teólogos católicos de vanguardia, como Hans Küng, o por pensadores cristianos profundos, como Moltmann.

Y, cosa ejemplar, a través de este germen vital se fue creando un nuevo núcleo de católicos que todavía creen en su Iglesia, pero que querrían fuese leal a la consigna del Vaticano II, que pide una renovación constante en ella, que esté promovida conjuntamente por clero y seglares.

Y cuando los católicos disminuyen a ojos vista en nuestro país, cuando el clero muchas veces no sabe qué hacer, cuando la juventud mira al catolicismo como un viejo dinosaurio propio para estar expuesto en un museo de antigüedades, viene monseñor Tarancón y agosta una inocente comunidad de creyentes que sólo pretenden estar dentro de la Iglesia y colaborar con su propio clero, para que el Concilio no sea una fachada elegante o un motivo de frases atractivas, sino una modesta pero convencida realidad.

Es triste analizar este hecho protagonizado por una jerarquía que quiere engañosamente aparecer, de puertas afuera, como un ejemplo de tolerancia, democracia y progresismo.

Y es que en España todavía tenemos —y lo he repetido esto muchas veces— un endémico clericalismo de la peor especie. Aquel que hacía exclamar al cardenal Newman en el siglo pasado: "Gran parte del clero es el fautor del ateísmo, porque quiere mantener como sumisos e ignorantes ovejas a sus fieles", y cuando caen en la cuenta de ello se pasan a la banda contraria.

Yo podía contar variadas y tragicómicas anécdotas que demostrarían esta triste habilidad de nuestro episcopado en apartar y aburrir a los pocos creyentes que les van quedando. Pero lo dejaré para otra ocasión.

Todavía algunos —y yo me cuento entre ellos— somos una especie de "tozudos de la hilaridad", como esos payasos del circo que tropiezan, caen y vuelven a levantarse, para volver a tropezar y caer nuevamente. Y de este modo, con testarudez sin desmayo, seguimos intentando hacer de la Iglesia un camino viable sin conseguirlo casi nunca.

Pero creemos —eso sí— que lo único que mercedá la pena, al final de nuestras vidas, es haber muerto —como decían los castizos— "con las botas puestas". ■